

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Mabel Normand

CUADERNO Nº 18

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARÁ DEDICADO AL GRAN
TRÁGICO NORTEAMERICANO

William S. Hart



EL FORMIDABLE CREADOR DE LOS TIPOS
RUDOS DEL OESTE - EL GLORIFICADOR
DEL REALISMO EN LA PANTALLA - EN LA
INTIMIDAD

EN PREPARACIÓN:

JUANITA HANSEN

ANTONIO MORENO: SESSUE HAYAKAWA

SUSANA GRANDAIS

A nuestros Agentes y Corresponsales

Agotados los cuadernos n.º 7 y nuevamente el n.º 1 de esta publicación dedicados a *Perla Blanca* y *Francesca Bertini* respectivamente, rogamos a todos los que deseen ejemplares que cursen sus pedidos con urgencia, puesto que hemos procedido a una doble tirada, para atender las muchas demandas que continuamente recibimos. Agotados asimismo en absoluto todos los argumentos de películas que teníamos para la venta, avisamos que a medida que vayamos publicándolos de nuevo, lo anunciaremos debidamente desde estas mismas páginas.

AÑO II

BARCELONA 26 MARZO 1921

CUADERNO 18

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

MABEL NORMAND

POR

MIGUEL GARCÍA ACUÑA

¿CONOCEN USTEDES A

: : MABEL NORMAND? : :



ACE veinticinco años nació en Atlanta, Georgia, esa actriz cómica genial, que se llama Mabel Normand. ¿Hará falta que presentemos a la popularísima Mabel?

No lo creemos necesario. Sin embargo...

Mabel Normand es una de las actrices cómicas más antiguas del cinematógrafo. Es también la que ha sabido mantener siempre fresca su personalidad artística, a través de todas las evoluciones que ha sufrido la técnica cinematográfica para adaptarse a los gustos del público, más exigente cada vez en materias de arte.

Éramos nosotros adolescentes y ya nos encantaba Mabel con su gracia fina, sin dislocaciones ni retorcimientos, cuando interpretaba películas de una y dos partes de la marca Keystone, te-

niendo por compañeros al regocijante José, al inimitable Charlot y al gordo Fatty.

Fatty y ella formaban una pareja ideal.

La enorme gordura de él contrastaba con la figura delicada de ella, y daban la impresión de que el gigante iba a tragarse a la muñeca.

De entonces acá, el arte de Mabel Normand ha sufrido diversas transformaciones. Se ha afinado, se ha quintaesenciado, por decirlo así. Pero jamás perdió el encanto principal de su ingenua travesura.

Por eso nos resultan tan simpáticas las creaciones de esta actriz notable, que posee el don de renovarse constantemente sin perder nada de su sencillez ni de su naturalidad.

¡Cuánta diferencia, qué enorme distancia, en la manera de hacer de Mabel, encontramos entre sus primeras creaciones de la Keystone y sus últimas producciones, a la cabeza de las cuales figura «Mickey»!

«MICKEY», SU OBRA

::::: MAESTRA :::::

¿Conocéis «Mickey»?

«Mickey» es una comedia delicadísima que Mack Sennett dirigió con esa maestría singular que sabe imprimir a sus producciones; con ese sello inconfundible de buen gusto, que es la característica del famoso director.

No busquéis en «Mickey» trucos cómicos, ni efectismos hilarantes, ni situaciones inverosímiles, ni carreras grotescas.

La comicidad, una comicidad muy fina, una comicidad de buena ley se desarrolla en esta película como en la vida misma.

Imagináos un espíritu excéptico, que, odiando por temperamento o por refinamiento lo trágico y lo estridente, se empeña en mirar la vida por su lado cómico. Lo superficial tiene para él más importancia que lo que se oculta en el fondo de las almas.

¿Para qué profundizar? ¿Para qué sondear? ¿No ofrece la vida un sinnúmero de sensaciones agradables solamente con observar los detalles que continuamente aparecen ante nuestra vista?

Así, «Mickey». El espíritu observador de Mack Sennett ha descubierto la sencillez de unas vidas oscuras, que se deslizan en la paz aromada de los campos.

No ha querido saber más. No ha querido utilizar el escalpelo y el microscopio para analizar aquellas psicologías de una simplicidad primitiva.

Le basta con presentarnos las vidas aquellas en su aspecto más trivial y más superficial.

Por eso, los personajes de «Mickey» no aparecen ante nosotros mostrándonos dolores profundos ni heridas incurables.

Es una loca alegría, alegría sana a pesar de ser loca, la que campea a través de todas las escenas de esta cinta admirable.

Mickey, la muchacha traviesa de los bosques, es como una carcajada perenne, que salta, primero sobre los pinos de su aldea, y después, sobre los rascacielos de Nueva York, desgranando por todas partes las notas frescas de su risa de cristal.

A veces, algo que ni siquiera es un gemido, sino que se queda en suspiro sentimental, trunca momentáneamente aquel chorro de alegría joven y fuerte. Pero de nuevo la carcajada vuelve a brotar, más sonora, más franca que antes.

Creemos que en «Mickey», Mack Sennett ha realizado su obra maestra. Y creemos también que «Mickey» ha sido la más perfecta creación de Mabel Normand.

¿De dónde saca Mabel ese caudal de ingenuidad, tan enorme, que nos hace olvidar a la actriz para ver sólo a la campesina? ¿De qué medios se vale para darnos esa sensación asombrosa de rústica simplicidad, ella, tan acostumbrada a brillar en la vida ciudadana, en medio de las notas acres de los *jazz-band* o entre los tapices persas de los estudios?

Este es el gran prodigio que se opera a menudo en las estrellas americanas. Saben desprenderse totalmente de su personalidad ordinaria, para dar vida en la pantalla — con un verismo al que nunca llegarán los artistas europeos — a personajes simples del campo.

Tal es el caso de Mabel Normand en «Mickey».

Se nos aparece en las primeras escenas como una muchacha campesina, acostumbrada a correr libremente por los bosques, a trepar a los árboles y a montar a caballo con la agilidad de un mono.

Para moverse con más desahogo se ha puesto unos pantalones hombrunos y unas botas de su protector, que, como es natural, le están exageradamente grandes.

Con esta indumentaria, «Mickey» vive alegremente, entre los árboles, una vida salvaje y primitiva, sin soñar con un mundo mejor, sin sospechar que en otros lados las mujeres cubren a medias sus formas con vestidos vaporosos y llamativos y peinan sus cabellos, recogiendo artísticamente sobre la cabeza.

Y es aquí, en estas escenas, que, en medio de su fina comicidad son un canto fervoroso a la Naturaleza, donde Mabel Normand nos asombra con su naturalidad maravillosa.

En su trabajo en esta obra, los efectos cómicos no son rebuscados: son más bien una consecuencia de la gran dosis de ingenuidad que la actriz pone en su labor.

Es más adelante, cuando Mickey abandona el campo por la ciudad, que Mabel se nos presenta en otro aspecto de su arte, no tan de buena ley como éste que acabamos de mencionar.

Recorre aquí con más frecuencia a lo bufo y a lo grotesco, aunque siempre sin traspasar los límites del buen gusto.

En esta segunda parte de la película, la labor de Mabel nos hace reír francamente, a carcajadas, mientras que en la primera nos limitamos a sonreír, encantados de tanta ingenuidad y de tanta travesura.

Para nuestro gusto, lo repetimos, es «Mickey» la creación más completa, más artística, más variada que ha hecho Mabel Normand en toda su vida de estrella de la pantalla.

El espectador puede sorprender en ella toda la gama de matices que adornan el arte de esta actriz verdaderamente excepcional.

LA INFANCIA DE LA

: : : : ESTRELLA : : : :

Como hemos dicho al principio de este libro, nació Mabel Normand en Atlanta, Georgia, en la libre nación de Estados Unidos.

El padre de Mabel era un pintor de bastante renombre, que algún día tuvo en Nueva York días de gloria. Pero llegaron, procedentes de los estudios europeos, las nuevas tendencias de la pintura — el impresionismo, el puntillismo, el cubismo — y el temperamento artístico de Normand, poco cultivado, poco seguro de sus fuerzas, sufrió un golpe mortal con aquellas innovaciones.

Le pareció que la pintura clásica que hasta entonces había cultivado con éxito no era más que un arte inferior y que en lo sucesivo trataría de recorrer aquellos nuevos senderos por que marchaba el arte en Europa.

Así lo hizo, y los resultados no se hicieron esperar. El viejo pintor que había encanecido siguiendo la pauta de los pintores españoles y flamencos, creyó cosa fácil hacer evolucionar a su arte, encauzándolo por un terreno de modernismo audaz.

Y se equivocó. Los críticos se lo hicieron notar en su primera exposición de impresionismo, recomendándole que volviese de nuevo a su antigua técnica, para no caer, con un prestigio ya hecho, en el pozo del ridículo.

Pero el pintor, obcecado por las nuevas tendencias y creyéndose incomprendido, siguió pintando cuadros, en los que acentuaba cada vez más la nota modernista.

Y la crítica volvió a censurarle, más acremente que la primera vez, y los clientes empezaron a abandonar su estudio. Este ale-



Mabel Normand

Caricatura de Stres

amiento, en lugar de impulsarle a obrar cuerdamente, no fué más que un incentivo para continuar en la labor que había emprendido.

Y sobrevino el descrédito, y con él la ruína. Un gesto le hubiese salvado. Le bastaría coger sus cuadros antiguos y hacer con ellos una exposición, para acallar las censuras de la crítica y atraer de nuevo al público a su estudio. Pero no quiso tener ese gesto. Su fe en la nueva orientación le llevó tan lejos, que, pareciéndole su labor de antes demasiado pobre de color, saldó sus cuadros antiguos a un marchante y se dedicó exclusivamente a pintar obras de un colorido audaz y de una técnica ultramodernista.

La vida se le hizo imposible en Nueva York, la gran ciudad que en otro tiempo había llenado sus bolsillos de oro. Y, sin valor para volver a su vida de antes, se marchó a Atlanta, dispuesto a seguir pintando allí, entre la familia de su esposa, aquellos cuadros irrealistas que eran su obsesión.

Y en la paz de Atlanta nació Mabel Normand. Y creció, muy libre y muy salvaje, correteando por las calles de la población y extendiendo sus correrías hasta el campo que rodeaba la ciudad, siempre en contacto con los mozos rudos de las «estancias» y con las jovencitas que sabían manejar el rifle como los hombres.

Aquella vida, medio rústica, medio ciudadana, en que se desarrolló Mabel, hizo germinar en su alma unas sanas ideas de independencia, que los años y las inquietudes de su existencia azarosa de artista no han podido borrar.

En su mismo hogar tenía la fuente de su amor a la libertad. Todos los días, como una canción monótona y triste, escuchaba a su padre quejarse amargamente de la sociedad, que le había repudiado, que le había arrojado de su seno en cuanto asomaron a su arte unos destellos de independencia.

Y en algunas ocasiones, la inquieta Mabel, que lo mismo empuñaba los pinceles de su padre para pintar unos cipreses como estacas, que montaba a caballo y recorría a galope tendido las praderas cercanas a Atlanta, sentía en su alma niña un poco de odio a la sociedad, adivinando tal vez que, con el tiempo, también ésta se encargaría de ahogar sus ansias de vida libre y salvaje. Pero no eran más que relámpagos. Bien pronto su alegría habitual, una alegría ruidosa y saltarina, triunfaba de todos los pensamientos sombríos y la risa volvía a bailar en sus labios.

¡Cuánto hubiéramos dado nosotros por conocer a la picaresca Mabel en esa su época de libertad! ¡Cómo hubiésemos gozado viéndola, tan traviesa y tan jovial, riendo y saltando por los campos, sin la preocupación del objetivo!

Cuando Mabel tenía catorce años y ya embadurnaba lienzos en el estudio de su padre, se vió obligada a abandonar su vivir de animalito salvaje para trasladarse a Nueva York. El autor de sus días, después de aquellos años de aislamiento, volvía a sentir aho-

ra la necesidad de luchar de nuevo, de imponer su arte en Nueva York, sin acordarse casi de su fracaso definitivo, que el tiempo había ido borrando de su memoria.

Y allá quedaron, bailando sobre los árboles de los bosques, las quimeras de la linda Mabel. En adelante, la vida tendría para ella un gesto más hosco...

**EN NUEVA YORK :: LA
TRAGEDIA :: DE EMBO-
RRONADORA DE LIENZOS
A MODELO DE PINTORES**

La gran ciudad de Nueva York recibió al padre de Mabel Normand con el mismo gesto hostil que lo había despedido.

Al poco tiempo de estar allí, el viejo artista comprendió que nuevamente se había equivocado y que nunca podría imponer allí su arte modernísimo. Se dió cuenta de que, hasta los jóvenes artistas no le perdonaban que hubiese abdicado su clasicismo para seguir unas tendencias audaces, que, únicamente a la juventud debían estar encomendadas.

El vacío se hizo a su alrededor, el «complot del silencio» se cebó sobre él, y, ya sin ánimos para adoptar gestos rebeldes, el pintor se dedicó a hacer unos cuadros vulgares, que vendía a bajos precios para vivir.

En esta labor de galeote de la pintura le ayudaba su hija. Mabel poseía unas dotes excepcionales de colorista fuerte, pero en cambio, carecía de paciencia para sujetarse a las reglas del dibujo. Su padre le bocetaba los cuadros, y luego, ella los iluminaba a su capricho, acertando siempre con la nota justa de color.

De este modo, padre e hija vivían desahogadamente. Pero un día, la tragedia, batió sus alas sobre aquel hogar. El padre de Mabel murió repentinamente, de un ataque al corazón.

Al encontrarse completamente sola en aquella inmensa ciudad, sin más fortuna que el estudio de su padre y los útiles para trabajar, Mabel no se acobardó. Ni por un momento pensó volver a Atlanta, a refugiarse en el regazo de sus abuelos, sino que se sentía con ánimos para luchar por la vida, valerosamente. Y luchó. Pretendió al principio seguir pintando cuadros con la ayuda de algún amigo de su padre, pero no lo pudo conseguir. Todos aquellos artistas que se reunían en el estudio del viejo pintor, para despellejar a los compañeros ausentes, necesitaban su tiempo para pintar obras originales, que — según ellos mismos afirmaban — les darían un día la inmortalidad.

Y Mabel no pudo realizar sus propósitos, porque no sabía dibujo.

Fué entonces cuando comprendió toda la razón que tenía su padre para obligarle a aprender el secreto de la línea, antes que sus manos de hada tocasen la paleta de los colores.

¿Qué hacer en aquel caso? ¿Cómo ganar su vida, ella, que no conocía más ambiente que aquél pintoresco y falso de los estudios?

Un amigo de su padre le dio la solución.

— Haz de modelo — le dijo. — Eres bonita y bien formada. Puedes ganar muy bien cuatro o cinco dólares por sesión.

Y la inquieta Mabel, contenta a pesar de todo, riendo siempre con aquella risa suya que ahuyentaba todas las pesadumbres, empezó a prestar su rostro picaresco para que los pintores de Nueva York la inmortalizasen en el lienzo.

Bien pronto se acreditó en su oficio. Los pintores de más nombradía, entusiasmados por aquella alegría que se reflejaba en el rostro de la muchacha, la contrataron para representar tipos campesinos, que posaba con un donaire especial. Y de todos los estudios la llamaban insistentemente, impidiéndole permanecer desocupada un solo día.

Empezó Mabel Normand a gozar de la vida. En aquellos barrios de Nueva York donde estaban radicados los grandes estudios de los pintores, barrios alegres y cascabeleros, abundantes en lugares de placer, la despreocupada Mabel se embriagó de libertad y de locura. Y, por las noches, ante las mesas de algún café frecuentado por artistas bohemios, puso cátedra de arte moderno, exaltando hasta lo inverosímil las tendencias nuevas importadas de Europa.

Entre los grupos de artistas, se quería y admiraba a la hija del pintor equivocado. Y se la respetaba. Porque Mabel, a pesar de hallarse en su centro en medio del libertinaje de los estudios, a pesar de hablar y de expresarse en el tono demasiado libre de los artistas del pincel, en ocasiones demostraba que muchas veces los hechos no responden a las palabras y que era aventurado para los artistas que lo intentaban, tratarla como a las demás modelos.

Mientras tanto, al lado de los maestros, iba adquiriendo nociones de dibujo y se iba perfeccionando en el manejo de los colores. Charles Dana Gibson, viendo en ella aptitudes sorprendentes para triunfar, la presentó en una exposición, colocando al lado de sus obras los cuadritos de la novel pintora, que obtuvieron un éxito mediano, pues el público no le perdonaba su apellido.

De este modo, simultaneó Mabel Normand sus profesiones, apareciéndose unas veces como modelo muy solicitada, y otras veces exponiendo obritas originales al lado de Dana Gibson o de los Leyendeckers.

Pero no tardó en cansarse de uno y otro trabajo, y un día se contrató en una compañía de vodeviles que iba a hacer una *tour-née* por las provincias, con el propósito firme de abandonar para siempre la paleta y los estudios.

**EN EL VODEVIL :: UNA
«TOURNÉE» QUE NO DA
RESULTADO :: EL CIRCO**

Salió Mabel de Nueva York, dispuesta a eclipsar las glorias escénicas de Sarah Bernhardt.

No tenía ella una noción perfecta de que únicamente se la había contratado por sus formas de Venus, que lucirían en todo su esplendor con los bañadores último modelo que formaban el vestuario de la compañía. Así es que quedó un poco sorprendida cuando, en la primera representación, el empresario la llamó para decirle que había gustado tanto su trabajo que le subía el sueldo en un cincuenta por ciento.

¿Era cierto aquello? ¿No se trataría de una equivocación lamentable, que luego la hundiría en la sima del desengaño?

Porque Mabel recordaba que nada de particular había hecho en la obrita que representara. Se había limitado a salir con un bañador, muy justo, eso sí, que dejaba al descubierto sus piernas, sus muslos y sus brazos y permitía adivinar los demás detalles del cuerpo. Pero no había hablado una palabra ni había hecho un solo gesto. Fué una figura decorativa, de gran belleza, que el público acogió con entusiasmo. Nada más. No había que pensar en epatar a Sarah Bernhardt ni a Eleonora Duse. Pero aquel convencimiento no restó alegría ni buen humor a la actriz en germen.

Y siguió con la compañía, amoldándose a su papel de Venus de escenario, que hacía andar de coronilla a su empresario y se llevaba de calle a los cómicos de la compañía, desde que por primera vez la vieron en paños menores.

Y así hubiera seguido mucho tiempo a no quebrar la *tournee* por las ciudades del Sur.

Mabel Normand se encontró entonces en la ciudad de San Luís, sin saber que hacer de su vida, sin saber qué nuevo camino seguir para llegar a la gloria y a la fortuna.

Un gran circo ecuestre que elevaba sus muros de lona en la cálida ciudad del Sur, le abrió sus puertas, y la Normand entró por ellas, sin saber a punto fijo qué papel se le reservaba allí.

En poco tiempo hacía de todo. Cantaba, bailaba, hacía ejercicios peligrosos sobre los caballos; era, en suma, un gran elemento que el director del circo se apresuró a retener a su lado, gracias a un sueldo envidiable.

Y la bella, la picaresca Mabel Normand vivió algunos años en aquel ambiente errabundo de la farándula, que, por lo pintoresco, no se distanciaba mucho del que hasta entonces había respirado en los estudios de Nueva York.

Pero un día...

**MACK SENNETT HACE UN
DESCUBRIMIENTO :: LA
::: VOZ DEL CINE :::**

Fué en la hermosa ciudad de San Francisco de California.

El circo se había trasladado allí con todo su aparato de hombres y bestias, siendo el entusiasmo de los chicos y la alegría de los grandes.

Una noche, Mack Sennett, el director genial de la marca Triangle-Keystone, fué al circo y vió trabajar a Mabel Normand. Con esa adivinación suya que tanto le ayuda en la elección de artistas, Mack Sennett comprendió inmediatamente que se hallaba ante un caso muy aprovechable para el cine y se propuso sacar partido de él.

Aquella misma noche esperó a Mabel a la salida del circo y la invitó a cenar en un *restaurant* lujoso. De aquella conversación salió Mabel contratada para la manufactura Triangle, con la condición de hacer películas cómicas para la marca Keystone.

Empezó a trabajar en calidad de corista. Su labor no era más que una prolongación de la labor que había ejecutado en sus tiempos de artista de vodevil. Como entonces, los papeles que interpretaba no eran más que un pretexto para que la mujer bella luciese sus formas.

Y la Normand, un poco cansada de tanto exponer su cuerpo, primero en los estudios de los pintores, después en los escenarios de los teatros y por último en estos otros estudios, tan diferentes de los primeros, quiso demostrar a sus directores que poseía, además de sus formas, una cantidad enorme de temperamento artístico, del que nadie hasta entonces había hecho caso.

Para esto, llamó aparte a Mack Sennett y le dijo, poco más o menos, lo que sigue:

— Usted me ha contratado en calidad de artista cinematográfica, y yo, hasta ahora, no lo he visto. Soy aquí una figura puramente decorativa, y yo, me siento capaz de hacer mucho más. Pruebe usted, y si en realidad no sirvo, volveré gustosa al puesto que ahora ocupo.

Mack Sennett no echó en saco roto el discursito, y cuando se presentó la primera ocasión, invitó a Mabel a hacer un papel cómico.

Era un papel complicado y difícil, en que la artista debía hacer alarde de unas cualidades enciclopédicas. Tenía que bailar grotescamente, debía cocinar y lavar la ropa, había de tirar platos de

natillas a la cabeza de un tenorio de fogón, y para fin de fiesta, concluiría emprendiendo locas carreras, de aquellas que provocaban alborotos en los locales de los cines, en aquellas famosas películas de la Keystone.

Mack Sennett halló de su agrado el trabajo de la nueva actriz, y le recomendó que estudiase una indumentaria grotesca, para acentuar más la nota cómica.

Y fué entonces cuando Mabel Normand abdicó su belleza para crear sobre la pantalla esos tipos de muchacha zafia y atontada, que tanta popularidad le proporcionaron.

Empezó a producir películas cómicas de una gracia dislocada, que se disputaban los empresarios de todo el mundo. Y creció su fama, como la espuma, y llovieron sobre ella proposiciones de otras manufacturas, ofreciéndole en sus elencos de comedia un puesto de primera figura.

**EN LA VITAGRAPH Y EN
LA BIOGRAPH :: LA CA-
RACTERIZACIÓN FAVO-
:: RITA DE MABEL ::**

A pesar de las promesas y los ruegos de los directores de la Triangle, Mabel Normand abandonó aquellos estudios por algo más positivo; por un montón de dólares que semanalmente iba a percibir y que le permitirían vivir con la holgura que siempre había ambicionado.

Además, un puesto de primera figura en un elenco cualquiera, siempre es tentador. Y si ese elenco es nada menos que de una manufactura de la importancia de la Vitagraph, nada de particular tiene que la bella Mabel se dejase vencer por la tentación.

Entró, pues, en la Vitagraph, dispuesta ya a buscar la gloria por aquel camino, que iba apareciendo ante ella, fácil y llano.

Poco a poco fué afinando sus creaciones, depurándolas de los defectos naturales por su falta de experiencia. Pero nunca solicitó para esto la ayuda de un director. Prefería corregir sus vicios de principiante, viéndolos ella misma sobre la tela. Y, para lograrlo, no sólo acudía a las secciones de prueba de sus producciones, que se celebraban en un saloncito coquetón del estudio, sino que, pareciéndole esto insuficiente, por la nerviosidad que le obligaba a saltar en el asiento al contemplar por primera vez su trabajo, acudía a menudo a los salones de cinemató-

grafo. Y, allí, en la penumbra de un cine elegante, sabiéndose sola y libre de miradas indiscretas, seguía ansiosamente los detalles de la cinta, analizando uno a uno hasta sus menores movimientos.

Esta labor le llevaba varios días, pues siempre tenía el temor de haber olvidado algún ademán a destiempo, algún gesto que no encajase en la situación.

Y cuando terminaba, tenía la satisfacción del que acaba de poner la palabra FIN sobre un penoso trabajo.

De este modo fué perfeccionando su arte, añadiéndole a cada nueva producción recursos cómicos originales, matices insospechados para sus directores, que tenían ocasión de asombrarse a cada nueva producción de la gran actriz.

Permaneció algún tiempo en la Vitagraph, y después, mejorando en sueldo, pasó a la Biograph, otra casa que, como la Triangle, se hundió también en el panteón del olvido, después de haber producido mucho y bueno.

En esta manufactura fué donde Mabel Normand acertó con su caracterización favorita, después de los ensayos que había hecho al lado de Mack Sennett.

Consistía esta caracterización en peinarse para atrás los cabellos, en colocarse sobre éstos unos sombreritos diminutos y absurdos, en cubrir sus formas de diosa con unos vestidos que hubiese envidiado una negra del Senegal y en taparse sus piernas y sus pies — aquellas piernas y aquellos pies, que tanto habían brillado en los escenarios de los teatros, bañados por la luz pálida de las candilejas — con unas medias escocesas, verdaderamente dislocantes, y con unas botas masculinas a medio abrochar.

¡Y he aquí lo realmente asombroso!

Con esta indumentaria, otra actriz cualquiera nos daría una sensación casi de repugnancia. Mabel, no. Claro que su belleza no es la belleza tentadora de cuando la vemos sin caracterizar. Pero lo que pierde en pureza lo gana en picardía.

¿Os imagináis algo más picaresco, algo más travieso que el rostro de Mabel cuando guiña los ojos bajo uno de esos sombreretes atrabiliarios?

No hay en su cara un átomo de fealdad. Es una cara bonita, su cara de siempre, pero mucho más expresiva, como si fuese de goma. No le hace falta hablar a Mabel. Su rostro y sus manos y sus piernas y su cuerpo, nos dicen las palabras que asoman a sus labios.

Y reímos con ella, y brincaríamos de gozo cuando a ella la vemos brincar con esa alegría tan loca, tan desordenada, tan contagiosa, que es la característica de su arte.



Mabel Normand en *Maldades de María*

Caricatura de T. M. U.

**OTRA VEZ A LA TRIAN-
GLE :: LA ACTRIZ ECHA
DE MENOS A MACK
: : : : SENNETT : : : :**

Pero Mabel Normand se cansó pronto de trabajar en manufacturas que desconocía, y empezó a soñar con volver a la Triangle, que había sido el teatro de sus primeros éxitos.

Por lo regular, casi todos los artistas cinematográficos, recuerdan con cariño sus primeros pasos en la carrera y guardan un profundo reconocimiento al director que les dió las primeras lecciones y que guió sus aptitudes en el arte.

Tal fué el caso de Mabel Normand.

Cada creación suya que era aplaudida, cada nuevo triunfo que obtenía, marcaba en su ánimo de un modo más firme el deseo de volver a trabajar bajo las órdenes del gran Mack Sennett.

Y no paró hasta que lo consiguió.

Se valió de visitas indirectas, rogó a compañeros suyos que se encargasen de sondear al director genial, para conocer, poco más o menos, la opinión que de ella tenía formada. Y estas gestiones dieron un resultado inmediato. Mack Sennett también, echaba de menos a la bonita actriz cómica, y si nada había intentado cerca de ella para hacerla volver a sus estudios no fué por falta de interés, sino respetando las causas que la habían impulsado a alejarse de su tutela.

Volvió, pues, Mabel Normand a los estudios de la Triangle, y volvió ya en calidad de primera figura del elenco cómico.

Los directores de la importante manufactura le presentaron los compañeros que trabajarían con ella en una serie de producciones de una y dos bobinas que, seguramente producirían el regocijo de todos los públicos. Eran, nada menos que Charlie Chaplin «Charlot», Roscoe Arbuckle «Fatty» y Charles Murray «Bartolo».

Con estos compañeros trabajó Mabel por espacio de varios años. Y de la fusión de estos elementos nacieron aquellas películas cómicas admirables, que hemos aplaudido tantas veces y que, todavía hoy, se proyectan en algunos cinematógrafos de pueblos remotos.

Eran unas producciones magistrales, extraordinariamente regocijantes. Lo cómico, allí, tocaba a veces los límites de lo grosero, y eran los trucos y los efectos de una puerilidad infantil.

Pero, lo confesamos sinceramente, aun veríamos con gusto esas películas. Sobre todo, aquellas donde Fatty y ella eran los protagonistas.

¿Por qué una manufactura cualquiera no se encarga de hacer segundas ediciones de esas producciones? Estamos seguros de que el éxito acompañaría a su esfuerzo.

Al correr de los años se truncó aquella unión de artistas admirables, que habían sabido dar días de gloria a la cinematografía americana.

Charlot fué el primero en alejarse de la Triangle, para formar su propia compañía. Le siguió el gordo Fatty, que fué contratado por la Goldwyn en condiciones inmejorables.

Quedaron en aquellos estudios Mabel Normand y Charles Murray, un poco desorientados con la pérdida de sus compañeros. Charles Murray siguió haciendo películas cómicas de corto metraje, pero Mack Sennett aprovechó aquella desorientación de la linda Mabel para encauzar su arte por nuevos derroteros.

Y comenzaron los ensayos de comedia fina, y mostró la actriz tantas y tan buenas aptitudes para aquel arte, más elevado que el que cultivara hasta entonces, que Mack Sennett pensó en hacer su obra maestra. Vinieron días abrumadores de trabajo febril, se desperdiciaron muchos metros de película, se perdieron muchas horas de labor. Y nació «Mickey», esa obra genial, de la que hablamos extensamente en capítulos anteriores, y que hará recordar siempre con cariño y admiración los nombres unidos de Mack Sennett y Mabel Normand.

Fué ésta la última obra que vimos de Mabel hecha para la Triangle.

Vinieron después los días difíciles para aquella manufactura. Los artistas, uno a uno, desertaron de los estudios que los habían acogido a todos en su época de esplendor. Y Mabel, viéndose ya convertida en una estrella de primera magnitud en el cielo cinematográfico de Yanquilandia, al igual de otros muchos artistas, formó su propia compañía.

Esta fué su equivocación más lamentable. Mabel confió demasiado en su arte, sin reconocer que su arte brillaba infinitamente más al lado de un buen director que la corrigiese de sus defectos y, sobre todo, que supiese infundirle, en los momentos de trabajo, esa *fiebre creadora*, tan necesaria en los artistas cinematográficos.

Fracasó como directora de compañía. Pero su fracaso dejó incólume su arte.

**EN LA GOLDWYN :: «PIN-
TO» :: LA ÚLTIMA CREA-
CIÓN DE LA ACTRIZ :**

Cuando se vió obligada a abandonar su compañía, Mabel Normand fué solicitada por la Goldwyn para formar parte de su elenco en calidad de primera actriz de comedia.

En esta manufactura, donde en la actualidad continúa trabajando la actriz, sigue dedicándose a la comedia fina, interpretando graciosísimos roles de ingénua como el que creó tan magistralmente en «Mickey».

Abandonó, tal vez para siempre, aquellas creaciones delirantemente cómicas de sus comienzos, y creemos que hizo bien. Este arte suyo de ahora, donde la comicidad arranca de la naturalidad, sin asentarse sobre trucos y efectismos para galería, nos parece mucho más elevado, mucho más digno que el que cultivaba en aquellos años de la Keystone.

No hace mucho se estrenó en España la película «Pinto» última creación que conocemos de Mabel.

En ella la actriz se nos presenta interpretando un papel original, medio *cow-boy*, medio señorita. Y es tan fina, tan delicada la gracia que despliega en esta creación, que nos sentimos cautivados por tanto donaire y tanta desenvoltura.

Y admiramos el genio de la actriz, viendo en ella la única actriz cómica que puede hacernos reír sin recurrir a efectos de mal gusto.

Tal es Mabel Normand, la artista que nos encantó en nuestros años niños y que, por un prodigio de evolución, nos sigue encantando ahora, a pesar de que la vida nos hizo mucho más exigentes.

MIGUEL GARCÍA ACUÑA



TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual,	España y Portugal: 18 ptas.	- Extranjero: 25 ptas.
• semestral	9	12'50
• trimestral	4'50	6,25

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

M. D. — Burgos. — Sirvase remitirnos 40 céntimos en sellos de correo y le remitiremos inmediatamente el número que pide. Francis Ford no tiene en la actualidad dirección determinada, por hallarse algo alejado de la pantalla. Escribale a su nombre a Hollywood, California.

F. C. — Madrid. — En Nueva York existen casi tantas compañías cinematográficas como en los Angeles. Sería una lista interminable si le fuésemos a dar todas sus direcciones. En Madrid trabaja mucho actualmente la Atlántida S. A., a donde puede usted dirigirse.

J. M. A. — Barcelona. — En breve publicaremos la biografía que le interesa. Escribale a su nombre a Hollywood, California (U. S. A.)

E. P. — Valencia. — La dirección de Eddie Polo es: Universal City, California. Su biografía va apareció y podemos servírsela mediante el envío, en sellos de correo, de 40 céntimos.

R. Villegas. — Córdoba. — El número que pide está agotado y pronto lanzaremos a la venta la segunda edición.

J. B. — Reus. — La dirección de Douglas Fairbanks es: Beverly Hills, California; la de Jorge Walsh, Fox Studios, 56th. Street and 10th. Avenue, New York, y la de Juanita Hansen, Universal City, California. A los tres artistas debe dirigirse en inglés, o por lo menos, en francés.

Eddie Polo II. — Madrid. — No tenemos ninguno de los argumentos que pide.

Mary y Chita. — Madrid. — En esa ciudad está trabajando bastante la Atlántida S. A. Si quieren alguna de aquí, pueden dirigirse a la Studio films, calle de Sans, 105. La dirección de Francesca Bertini es: Unión Cinematográfica Italiana, Via Macerata, 51, Roma.

Quedan muchas cartas por contestar



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES,
PORTUGAL Y AFRICA (Posesiones españolas)

CUADERNOS PUBLICADOS

De venta en esta Administración y en
casa de nuestros agentes exclusivos

- N.º 1 Francesca Bertini . 2.^a ed.
» 2 Ch. Chaplin (Charlot) 2.^a »
» 3 Douglas Fairbanks
» 4 Mary Pickford
» 5 Charles Ray
» 6 William Duncan
» 7 Pearl White
» 8 Gustavo Serena
» 9 Pina Menichelli
» 10 Max Linder
» 11 Margarita Clark
» 12 Eddie Polo
» 13 María Walcamp
» 14 Wallace Reid
» 15 René Cresté
» 16 Hesperia
» 17 Roscoe Arbuckle (Fatty)